



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

## EL FÚTBOL

No soy muy aficionado al fútbol, pero me interesa profundamente por varios motivos. El primero, porque los modos de divertirse constituyen una parte importante de la cultura. Ortega lo percibió con agudeza: “El más sobrio examen debiera hacernos caer en la cuenta de lo desazonador y sorprendente que es el hecho de existir en el universo una persona –el hombre– a quien es menester divertirse”. Lo que pretende la diversión es liberarnos del aburrimiento, que es un estado de

carencia de emociones y de insoportable alargamiento del tiempo. La anestesia afectiva nos da pavor. Pero las emociones reales pueden ser terribles. Por eso, el mundo de la diversión maneja emociones simuladas y a hora fija. A las 7, cuando empieza el cine; o a las 8, cuando comienza el fútbol; o a las 5, cuando arrancan los toros. El miedo de las películas de miedo es un miedo simulado. La esgrima del flirteo es un simulacro amoroso. El turismo es una exploración protegida. Y la montaña rusa es un despeñamiento controlado.

¿Y ver el fútbol? ¿Qué emociones provoca? Pues muchas. En primer lugar, la distracción por el acontecimiento visual. Las carreras, los pases, la amenaza, el gol. Además, disfrutamos viendo la habilidad de los demás, como ocurre en el circo. Hay que añadir que, cuando se ve un partido en un gran estadio, la fusión con la masa produce

una excitación especial. Es como si descansáramos de la individualidad. Con esto se relacionan los sentimientos de identificación, una experiencia compleja. Al identificarme con un equipo, vivo vicariamente su victoria o su derrota. Emergen sentimientos identitarios, un sentimiento de pertenencia que enlaza con ancestrales afectos. La perspicacia lingüística lo recoge al decir *soy del Barça, soy del Torrelavega*. ¿Qué significa soy?

El análisis de las emociones del fútbol es fascinante, pero excesivo para un artículo. Prefiero centrarme en uno de esos aspectos minúsculos

### EL ENCANTO DE LA PELOTA PROCEDE DE QUE PARECE RESPONDER A NUESTRA ACCIÓN CON SU BOTE

de la realidad que me intrigan, y que son materia para una *filosofía de lo intrascendente* que alguna vez me gustaría hacer. ¿Por qué tiene tanto atractivo jugar con una pelota? ¿Qué encanto posee una esfera que rueda y que bota? Me pondré solemne: el juego de pelota es un universal cultural. A la pelota se ha jugado en todas partes. En Egipto

las muchachas jugaban con ella. Aún se conservan los juegos de pelota mayas, y conocemos las reglas de unas competiciones que acababan con la muerte del perdedor. En la España medieval se jugaba golpeándola con la raqueta, con bastón o con el pie. San Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* escribe: “Dícese dar a la pierna cuando uno, extendiéndola, la presenta para recibir el golpe de la pelota”.

¿Por qué no me ayudan a descubrir el atractivo de la pelota? Podíamos iniciar una Wikipedia dedicada a la *filosofía de lo intrascendente*. A bote pronto –metáfora muy pertinente– creo que el encanto de la pelota procede de que parece responder a nuestra acción con su bote. Da la impresión de que tiene vida propia. Además, al rodar se socializa fácilmente. Los juegos de pelota son dialógicos, como el tenis, o grupales, como el fútbol. Sucede con la pelota como con las cartas. Hay juegos solitarios, pero, en su esencia, se trata de diversiones sociales. El tema da para más, pero la página no. ■



Raúl